

Algunas veces me he retirado y he empezado a enviar sms con esa fórmula inventada adrede desde el nacimiento de esta forma de comunicación, esto es, un batido de ambigüedad, descarado y pudor hábilmente mezclados de manera que siempre eres capaz de enviar mensajes fuertemente alusivos que podrían ser leídos incluso de manera nada alusiva, y a tenor de la respuesta recibida se llega hasta el final de un camino o de otro, al final de «quiero follar contigo ahora mismo gritándote puta» o bien «ya nos llamaremos, saluda a toda la familia», ambos partiendo del mismo mensaje ambiguo-d Descarado-púdico.

La otra característica milagrosa de los sms es que puedes ignorarlos por completo cuando tienes más tarde una conversación telefónica con la persona con la que has intercambiado esos sms un minuto antes o el día anterior, y consigues hacer largas llamadas telefónicas sin que aparezcan indicios o se roce la ambigüedad o la intimidad, como si las dos personas que se enviaron los sms muy atrevidos un minuto antes fueran hermanos gemelos que, en realidad, nada tienen que ver con nosotros, que estamos hablando de qué vas a hacer este verano y de cómo va el trabajo –por lo menos, hasta que colgamos y veinte segundos después ya estás mandando o te llega un sms de tono completamente distinto con respecto a la llamada apenas terminada, como si las llamadas fueran las palabras y los sms los pensamientos que hay por detrás, pero los pensamientos de un alma profundamente católica que los piensa, aunque sin pensarlos hasta el fondo, los diluye en una ambigüedad justificadora que los hace púdicos, y cuan-

to más púdicos los hace, más crece ese descaro y a partir de entonces los ingredientes del batido quedan dispuestos sobre la mesa.

A veces he mantenido en pie, únicamente con la técnica de los sms, por lo menos cuatro o cinco posibilidades simultáneas, para ver cómo terminaba la cosa.

¿Cuántos sms menos existirían si se eliminaran todos los mensajes que dicen «ok»?

Cada vez que abro la despensa, en nuestra casa, descubro que, enterrados por el pan fresco comprado ese día o como mucho el día anterior, hay kilos de pan duro, acumulados día tras día desde hace una semana o diez días. Todas esas veces me sorprendo de que mi mujer no lo haya tirado, como habría hecho yo; pero la sorpresa dura poco, porque luego me acuerdo. Es una de esas cosas que sé sin que haya tenido que decir-las: no le gusta tirar el pan. Le falta valor para hacerlo, es uno de esos legados católicos que hace que te sientas en pecado si coges un mendrugo y lo tiras al cubo de la basura. De manera que los deja ahí. Pensando, casi diría que esperando, que yo me dé cuenta, en un momento u otro, y coja el mendrugo y lo tire al cubo de basura. Así no es ella la que comete el pecado.

Y lo hago yo.

Cuando salimos a cenar en grupo a un restaurante, hago todas las maniobras para evitar que el camarero proponga de primero un pica-pica para compartir; porque la velada se me hace tensa esperando que llegue ese pica-pica de primero para hacerme con la mayor cantidad posible, y esto comporta un ímpetu tal en la consumición que la masticación se convierte en un hecho aproximativo y, en consecuencia, también la digestión.

Por ello prefiero pedir sólo para mí, comer todo lo que me gusta y si alguien quiere que pruebe el plato que ha elegido, le digo que no, así tengo yo derecho a no dejar probar nada a los demás.

Cuando hago una reserva en el restaurante, dejo el nombre de uno de los que vendrán a cenar conmigo; o bien me invento uno expresamente. Porque siempre tengo la sensación de que los propietarios de los restaurantes pueden reclamar a los clientes que no se han presentado tras haber hecho una reserva —o la han anulado en el último minuto.

Luego, cuando llego, le digo el nombre al camarero en voz baja, porque me da vergüenza que mis amigos me descubran.

Cruzar la mirada con la del camarero y hacerle una señal con un imaginario bolígrafo moviéndose en el aire, un gesto sin sentido que el camarero siempre comprende.

Y me gusta cuando llega la cuenta, y hay alguien que hace la división al vuelo, aunque sea complicada, con céntimos.

Me gustan las personas que dicen de un lugar: queda lejos, sobre todo cuando queda cerca.

La estantería de las galletas Bahlsen.

El momento en que termina el ruido del centrifugado de la lavadora.

Caminar de puntillas sobre el suelo recién fregado, con una contracción de los músculos que pretende hacerte creer que has obtenido una ligereza tal que el suelo no va a ensuciarse.

Los días del año en que no hay periódicos, no hay que bajar a comprarlos. Das vueltas por casa y, en un momento dado, preguntas: pero ¿dónde está el periódico? Y te dicen: hoy no hay. Ah, ya.

Mi mujer, cuando era una jovencita, estuvo comprometida durante mucho tiempo con un chico que se llama Michele. Durante años, cuando explicaba que se lo había encontrado, o que había tenido noticias de Michele, su familia siempre decía: ¿pero quién, nuestro Michele?

Al casarnos, a partir de ese día y en adelante, cuando se habla de Michele, yo también he empezado a decir, con cierta satisfacción: ¿pero quién, nuestro Michele?

Dejar un montón de tiempo las latas de Coca-Cola abiertas y medio llenas en la nevera, sin beberlas ni tirarlas.

Cuando descubro que entre dos personas existe un amor secreto. Lo descubro casi siempre, enseguida, por un gesto o una mirada. Y me gusta, me hace sentirme cómplice suyo.

Me gustó algo menos cuando lo descubrí con mi

mujer, una noche que quería recolocar los sitios en la mesa de manera que pudiera sentarse cerca de alguien.

Volver a casa un día antes cuando estoy fuera desde hace unos días. O aunque sólo sea poder coger el tren anterior al que tenía reservado. Correr hacia el hotel y meter las cosas en la maleta, lanzarse corriendo hacia la estación y luego saltar al tren y, cuando se mueve, pensar que lo has conseguido.

Una vez conseguí regresar un día antes de un viaje a Sri Lanka.

O bien: conseguir no dormir fuera de casa. Especialmente en Nápoles.

Esas veces en que me he despertado en plena noche, y he mirado a quien duerme siempre junto a mí, con la complicidad de la noche oscura, cuando se ponen sobre la mesa todos los sentimientos y las preocupaciones, los miedos, las angustias y el sentido profundo de la vida. Y me he preguntado, mientras observaba el tórax hincharse y deshincharse de manera regular: ¿quién es este ser humano a quien estoy entregando mi amor, mis días, todos estos años y también mi futuro?

¿Es el ser especial que me parece haber intuido o es un monstruo al que me parece tener miedo?

Y luego me he dado la vuelta hacia el otro lado, y me he puesto a dormir, aliviado.